DESDE MI GARITA

PASCUAL HERNÁNDEZ DEL MORAL

Prólogo de Juan Eslava Galán

Durii

Hace tiempo que leo y anoto estas breves y enjundiosas columnas de Pascual Hernández del Moral que el lector tiene en sus manos. Pascual contempla el mundo y sus aconteceres menudos desde la mirada crítica de tres personajes: él mismo, y sus *álter ego* Venancio y Serapio con los que intercambia correspondencia al estilo antiguo, el de antes de Internet.

A ratos ese triple personaje me recuerda aquel inolvidable Séneca de Pemán que con envidiable sentido común examinaba la vida y sus incidencias, pero el medio siglo transcurrido desde entonces se nota en estos personajes y en la realidad mucho más compleja que analizan, unas veces con gramática parda, otras con la elevación propia del que conoce el tema y sabe exponerlo recurriendo a los tecnicismos exactos, sin alharacas ni superfluidades que vistan el muñeco.

En estas páginas nuestros personajes despliegan fina ironía y socarrona cachaza para examinar «la cosa», o sea la res pública, a medida que va surgiendo en las noticias de cada día, siempre dándonos el certero envés de esa brillante hoja que sirven los manipuladamente políticos y paniaguados telediarios.

En estas páginas vamos a encontrar referencias a personajes que «trabajan en el paro», locución acertadísima para ese medio país que se encarama al carro mientras el otro medio, siempre menguante, tira del petral y se desloma para que luego los de arriba le extirpen buena parte de sus ganancias. En ese contexto desfilan los temas de actualidad que alguna vez hemos comentado y olvidado (culpa nuestra) aunque sus efectos siguen vigentes como ese óxido que, tiempo sobre tiempo, corroe la pieza y acaba destruyéndola, una metáfora si quieren, de nuestra desnortada sociedad.

Aquí encontraremos los problemas de la macro economía, los de la adhesión a Europa, la deriva de la misma Europa náufraga de la historia, los insondables misterios de la vida laboral de nuestros representantes sindicales, la inane Alianza de las Civilizaciones y la gala de los premios Goya con sabrosos comentarios sobre el impacto de la creatividad cinematográfica española en la cultura mundial. También temas aparentemente locales que nos hablan de la vinculación del autor a la jiennense Sierra de Segura, si bien, a fuer de humanos, no dejan de ser universales. Ya lo decía Tolstoi «descríbeme tu aldea y me estarás describiendo el mundo».

Si el mensaje es certero, el lenguaje en que se nos sirve no lo es menos. Pascual Hernández tiene la rara habilidad de mezclar con igual acierto cultismos y localismos, estos últimos a veces servidos por los saberes de un paremiólogo que conoce su materia. Algunos pueden arrancarnos una carcajada: «A cojón visto, macho es el mulo».

Pase el lector, lea y disfrute de estas acertadas páginas en la que encontrará a un observador perspicaz que mira el mundo y la vida desde su profundo conocimiento del alma humana.

Juan Eslava Galán

CARTA DE SERAPIO

Querido don Pascual, y perdone la licencia:

Hace ya días que no me pongo a esta labor porque he estado un poco malucho, con un tosijón cansino que me ha quitado las ganas de todo, pero ya estamos un poquillo mejor, y me he vuelto con mis ovejas, que parece que el tiempo está más quedo y hasta da gustillo pasarse las horas en el campo. Porque ahora me vuelvo a dormir al pueblo, que me he comprado una pollina muy apañada, jovencilla, que me lleva y me trae, sin prisas por no cansarla, y me ahorra dormir al raso. No sé qué haré en verano, que con las estrellas en el cielo se duerme mejor, pero ya veremos. La jodida me ha costado un ojo de la cara; el gitano del pueblo de al lado me ha sacado los tuétanos, perdone el modo de señalar, con eso de que ya no quedan animales (¡serán de los de tiro y monta, me digo yo!), que los burros están más claros que los padres santos, y todo eso. Más barato me hubiera costado comprarme una moto, pero no me fío, y aunque me salga más barato comprar la gasolina, pagar el seguro y todo eso que echarle un pienso a la borriquilla, pues eso, la pollina es un animal de Dios y, si no otra cosa, por lo menos le puedes hablar de vez en cuando, y aunque te mire con cara de no entender nada, pues eso, como ciertas personas, que les hablas y parece que no estén. Pero ya me estoy apartando de ***la cosa***.

Pues lo que le decía, don Pascual, que dicen que ***la cosa*** va de mal en peor. Que ***la cosa*** de la economía se hunde, que el paro va a más, que los sueldos no llegan a fin de mes, que por las Américas los bancos se van al cuerno, que a los ahorros se los lleva el diablo, que si los ministros no saben por dónde se andan, que se están cerrando fábricas… ¡qué sé yo! Y que debe ser verdad, porque todos hablan de lo mismo, unos diciendo que vamos jodidos y a más, y otros que no es para tanto, que ***la cosa*** se arreglará pasado mañana; y así. Otro día le reflexionaré sobre los dineros que les dan a los bancos, a ver por dónde rompe el asunto, que me barrunto que no irá bien.

De todo lo malo que está pasando hay una cosa que yo no entiendo: eso del ERE, que mire usted, que creo que es que el patrón echa a la calle a la gente de su fábrica, pagándole, eso sí, lo que les pertenece, aunque aún no sé de dónde salen los dineros, si los paga el dueño de la fábrica, el gobierno o los sindicatos, que parece que todos están de acuerdo menos los que se van a la calle. Y a los que tienen ya cuarenta años o más, que los jubilan, y a cobrar del bote del gobierno. Y los jodíos, usted perdone, de los trabajadores que se llevan las perras, la bolsa llena, que los pasan a trabajar en el paro, que de eso sí entiendo y luego se lo explico, y que siguen cobrando y podrán llevar su huertecico y criar sus conejos, y dar algunos jornales con cualquiera que se los quiera firmar, que no están contentos. ¡No sé qué más querrán, si les dan de todo y además les sueltan la mosca!; Son avariciosos y ya sabemos que la avaricia rompe el saco, don Pascual.

Le decía que todo eso debe pasar por ahí fuera, porque yo, la verdad, aquí en el pueblo no lo veo, que aquí todo el mundo sigue trabajando en el paro, y no desde

que ***la cosa*** se puso jodida, y usted perdone el modo de señalar, y a nadie le falta de nada. Aquí no se ha cerrado ninguna fábrica (a lo mejor porque no hay ninguna, digo yo), las tabernas siguen abiertas, la gente sigue esperando que dé la una en el reloj de la iglesia para meterse en la taberna y tomarse sus chatos con sus tapas de a dos duros, hasta las dos y media, que es cuando se van para la casa a volcar la olla; y si algún día van más tarde y más calientes, porque se hayan pasado algunos chatos, pues a comer arroz con voces, que el arroz es el de la olla, y las voces las pone la parienta, que ¡bonica es! Así que también aquí, porque lo dice la tele***, la cosa*** dicen que está mal, y yo les digo que no lo veo, y ellos que a ver, que no se verá aquí, pero que si lo dicen en la tele, por algo será.

Yo me pienso que eso de trabajar en el paro está bien. En este pueblo, un suponer, la gente ha mejorado sus casas, algunos hasta la han tirado y la han hecho nueva con el jornal del paro. Y que no vea usted qué casaruscos se han hecho algunos que no tenían posibles, ¡hasta cuartos de baño y todo! Que ya no tienen que ir al corral a dar de su cuerpo, que no está bien visto, y tenías que ir apartando a las gallinas que andaban picoteando donde no debían y todo eso, y además en invierno se te helaba la churrina, y usted perdone el modo de señalar. Y digo yo que si el paro ha mejorado las casas de los pobres, pues también tienen derecho, me digo yo, que el pueblo ha quedado hecho un Sanluis, de lo bonico y moderno que está. Lo único que no me entraba era hasta cuándo iban a estar trabajando en el paro, porque el bolso del que se saca y no se mete, el fin se le ve, que decía mi madre, que en gloria esté, y parece que el bolso del paro no tiene fin, pero me barrunto yo que antes o después…

A lo mejor eso del ERE es que más gente en edad de merecer se pone a trabajar en el paro, y eso a lo mejor hace que se le vea el culo, usted perdone, al saco, me refiero, y se acabe la mamadera. Y si es como me lo pienso, que ***la cosa*** es jodida, usted perdone, porque bueno está lo bueno. Que a los del pueblo no les falte, pues bueno, pero donde comen dos, comen tres, pero no trescientos, que no sé si me explico. Que si todos van a trabajar en el paro, que de dónde se va a sacar para que no se le vea el fondillo al saco, que no sé si me entiende. Algo preocupado ando yo con el asunto, pero lo que más me preocupa es que me deje de comprar el Baturro, el carnicero del pueblo, mis chotillos, que entonces sí que la joderemos, usted perdone. Porque a mí, eso de trabajar en el paro no me va mucho. Mi casa me parece que está bien, no la quiero tirar para hacer un vatercloses, que yo, en mi corral y en el campo abierto, que me da más vida.

Hay una cosa que no entiendo: qué tienen que ver los europeos con mis chotos, que me dice el carnicero que si las subvenciones, que si los cupos, ¡qué se yo qué diablos para pagarme los chotos más baratos!, ¡Pero a ver qué se le va a hacer! Aguantaremos hasta que Dios quiera, pero trabajar en el paro no quiero. Ministros tiene el gobierno que creo yo que sabrán más que todos nosotros juntos, y seguro que lo arreglarán. Aunque si al saco se le ve el culo, mal sacaremos el santo de procesión.

Ya estoy, como le decía, mejor del tosijón, así que con ayuda de Dios, seguiré escribiéndole, don Pascual, con su permiso. A Dios le encomiendo y que Él nos guarde de los ERE y de trabajar en el paro.

Su S.S.

Serapio, 15 de junio de 2011

CATÁFORA

Mi amigo Pedro Martínez me pidió hace unos días que comentara la pregunta que hizo la Universidad de Barcelona en la prueba de Selectividad el pasado día 9 de junio. Como Pedro es inteligente y culto, no creo que la invitación a que les hable del término **catáfora** tenga motivación filológica de análisis textual, sino que, supongo, me pedía una reflexión sobre lo oportuno de la cuestión en el examen y, si se me ocurría, alguna más.

Vamos a ello: la cuestión, aunque pertinente en un examen de Lengua y Literatura de Selectividad es, por lo menos, sorpresiva, si tenemos en cuenta que pocos alumnos hacen en su bachillerato Análisis Textual. La mayoría no está familiarizada con términos como Deixis, Coherencia, Cohesión, a alguno le es familiar Anáfora y a casi ninguno **catáfora**. Este párrafo es un ejemplo de este recurso: un elemento textual ***anticipa lo que se dirá después***; así, tras el ***«Vamos a ello»*** con el que se abre este párrafo, viene la explicación catafórica: ***«la cuestión…»***, etc.

La anáfora y la **catáfora** son, como decía antes, elementos que dan a los textos **coherencia textual**. La coherencia se define, tanto en el Análisis Textual como en la vida cotidiana como **la relación de consecuencia lógica de unas cosas con otras** de manera que guarden homogeneidad las ideas de un texto. Mi amigo Pedro y ustedes, seguro que me perdonarán que les haga gracia de una explicación más profunda, y que no me refiera a los medios gramaticales que se usan para conseguir la **coherencia**.

Pero creo que lo que Pedro me pedía era una reflexión socio política sobre la **catáfora**, como medio de analizar la **coherencia**… de nuestros políticos. La definición del término podemos hacerla referida a la **coherencia** entre las **ideas**, que se formulan en campaña electoral, y las **actuaciones** que se hacen, una vez ganadas las elecciones, o sea, actuaciones **catafóricas** tras las campañas electorales.

Y ahí es donde les duele a nuestros políticos, tanto a los consagrados como a los noveles. Ya no es dar trigo, tras predicar mucho, sino aplicar la **catáfora** a sus ideas para lograr la **coherencia** entre lo que se anticipa, y lo que se hace: mientras se está intentando convencer al elector, las ideas son todas aventuradas, pero **el elector espera su cumplimiento**: No hay **catáfora** en la paralización de las expropiaciones que pretenden algunos gobernantes municipales, a sabiendas de que carecen de legitimación para ello, aunque catafóricamente realicen algún paripé. O en la creación de un banco público, o en la renta básica, o en tantas medidas prometidas que se quedarán en nada, salvo que se realice una revolución profunda que cambie el sistema, como sucedió en el año 31 del siglo pasado.

La filología tiene términos para casi todo. Así, a la figura que consiste en el rompimiento del orden lógico en un mensaje, entre lo enunciado y lo desarrollado en un texto, lo denominados **anacoluto**. Es, en pocas palabras, la falta de coherencia entre los elementos de un texto; o sea, entre las ideas formuladas, y las actuaciones realizadas por los políticos.

Así, cuando Rajoy, en su campaña del 2011 anunció medidas fiscales de defensa de los más desfavorecidos, y de mejora de la situación de las clases medias, cometió un **anacoluto**. Den las razones que se quiera para justificarlo, pero no hubo **catáfora** entre lo prometido y lo hecho.

¿Y los noveles consistorios, los ***Podemos*** y sus marcas blancas? ¿Podemos esperar de ellos que su comportamiento, **catafóricamente**, se ajuste a lo predicado? ¿O serán gobiernos **anacolutos**? No es nada nuevo: acuérdense de lo que decía Tierno, el ***«viejo profesor»***: ***Los programas electorales están para no cumplirlos.***

A lo mejor, la Universidad de Barcelona pretendía provocar unas reflexiones sobre los políticos actuales, a cuento del término, aunque conociendo la UB, donde estudié y profesé, me costaría trabajo creerlo.

¡Señores políticos: **Catáforas** y no **anacolutos**!

¿Satisfecho, amigo Pedro?

12 de febrero de 2012